

La Edad de Oro por W. H. Auden

Los poetas nos hablan de una edad de felicidad pura:
la Edad de Oro. Una edad de amor, de plenitud y sencillez,
cuando el verano duraba todo el año y un verde perpetuo
en el césped, los bosques y los huertos creaba un escenario deleitoso a la vista.

No había entonces dolor ni enfermedad, calamidad ni hambre,
y los hombres y bestias vivían en perfecta concordia y sin temerse,
y cada noche, cuando los polluelos piaban en su nido,
de las chimeneas subía el olor de alguna deliciosa comida.

Brotaban las flores por entonces y, sin fertilizantes, maduraba la fruta.
Las ninfas y pastores bailaban grácilmente todo el día.
Cada pastor entonces era amoroso y fiel a su pareja
y las ninfas setentonas —o aún mayores— aún eran hermosas y atractivas.

¡Pero, ay!
Entonces sucedió:
llegaron los Hechiceros,
gélidos y viejos,
que hicieron gris el día,
y la Edad de Oro
se extinguió,
pues los hombres cayeron
bajo sus hechizos,
condenándose a la oscuridad,
negando la alegría
y poniendo en su lugar
el dolor y el temor,
la mentira y la ira,
codicia y malicia,
astucia y suspicacia.
Los corazones se hicieron crueles,
invidentes las mentes,
sombrias y frías,
sin lontananzas ni esperanzas.
Hubo odio entre los países,
una vida aguerrida
de cárceles y lágrimas,
de negaciones, de no-quiero,
no-puedo y no-estoy-obligado.
Ningún rostro dichoso.
Nadie con alegría, todos con melancolía.

¡No dejaré que ocurra! ¡Encantadores, huid! ¡Os reto a que os batáis conmigo!
Vuestros poderes los desafío con desdén, vuestros hechizos nunca me harán flaquear.
Don Quijote de la Mancha viene a dar cuenta de vosotros,
a haceros añicos y a acabar para siempre con vosotros.

«Canción de Don Quijote», en *Gracias, niebla*, de W. H. Auden (Traducción de Álvaro García).
Colección La Cruz del Sur. Editorial Pre-Textos.